



# APOROFOBIA EL MIEDO AL POBRE

El miedo a los pobres tiene nombre y se llama aporofobia. Fue acuñada por la RAE y elegida como la palabra del año 2017 en España, y para los académicos chilenos el más reciente y claro ejemplo en nuestro país fue el bullado conflicto que protagonizaron los vecinos de Rotonda Atenas, frente a la posible construcción de viviendas sociales en Las Condes. En una nación con una supuesta tradición solidaria, cabe preguntarse: ¿Somos aporofóbicos? ¿A quiénes no queremos encontrar, ver ni escuchar? Aquí, seis testimonios cuentan cómo es ser excluido e ignorado en Chile.

Por Juan Cruz Giraldo y Laura Fernández Mena  
Fotos de Pablo Izquierdo  
Ilustración de portada: Marco Valdés

**C**ompetió contra *bitcoin*, uberización y noticias falsas. Pero la elegida fue aporofobia, palabra del año 2017 según la Fundación BBVA y aceptada en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. El término, que viene del griego *aporos* (pobre) y el término *phobos*, fue creado por la filósofa española Adela Cortina en 1995 y significa miedo, rechazo o aversión a los pobres. Lo hizo para darle nombre a algo que, según ella, no se podía apuntar con el dedo, pero que era visible, preocupante y necesitaba un tratamiento. “El antisemitismo, la xenofobia o la misoginia son realidades a las que tenemos que ponerles una palabra y al hacerlo las reconocemos, las identificamos y sobre todo, intentamos tomar posición frente a ellas. Pensamos si queremos

cultivarlas o, por el contrario, desactivarlas”, explica en una charla TED que tiene más de 30 mil visitas.

El concepto no tuvo mucha atención pública hasta que en 2017, según las cifras oficiales, llegaron más de 27 mil migrantes a España. Venían desde el otro lado del estrecho, en condiciones paupérrimas, buscando una mejor calidad de vida. Pero su presencia despertó todo lo contrario a la hospitalidad que, por otro lado, sí vivieron los 81 millones de turistas que este país recibió en el mismo período, la cifra más alta en toda su historia. El rechazo se hizo evidente, y los grupos y partidos con un discurso antimigrante tomaron fuerza en contra de los protagonistas de la crisis migratoria europea: los refugiados que huyen del norte de África y Medio Oriente. Algo que ya vivían las



Eliana Pasache (53) vive hace 24 años en la villa El Refugio de Puente Alto. Dice que las drogas acabaron con su vida y la de su familia. “No podemos salir de aquí, es como una maldición. Quiero vivir en otro lugar donde haya paz”, dice.



personas en situación de calle y aquellos sujetos de desprecio como los gitanos. Adela Cortina se planteó la pregunta otra vez: ¿los rechazamos porque son extranjeros o porque son pobres? “No molesta que vengan de afuera, que sean de otra raza o etnia, no molesta el extranjero por el hecho de serlo. Molesta, eso sí, que sean pobres, que vengan a complicarnos la vida a los que, mal que bien, nos vamos defendiendo. Molesta que no traigan al parecer recursos, sino problemas”, escribe en *Aporofobia*, el libro que ella publicó el 2017.

EDULCORAR LA REALIDAD

Pero en nuestro país. ¿quiénes son los aporofobados? ¿A quiénes les llamamos pobres? ¿Quiénes son los que a diario cargan con un prejuicio y son mal mirados por los que, en el escalafón social, ocupan un peldaño más alto? El periodista y columnista Agustín Squella dice que hoy nadie quiere ser llamado pobre. “Ni siquiera los mismos pobres. Tampoco se habla de indigentes, porque ahora se trata sólo de personas que viven en situación de calle. Hemos acomodado el lenguaje para edulcorar o tapar la realidad, no para mostrarla. Por eso la palabra aporofobia y su incorporación a la RAE es importante, porque hoy a las cosas no se les llaman por su nombre”.

Según la encuesta Casen, aplicada por el Ministerio de Desarrollo Social, la situación de pobreza en nuestro país se mide bajo dos indicadores: por ingreso y multidimensionalidad. Su versión 2017 arrojó que más de 1 millón 500 mil personas en Chile –un 8,3 por ciento de la población- se encuentran en situación de pobreza por ingresos. Sin embargo, cuando hablamos de pobreza multidimensional –determinada por el acceso a la salud, la educación, el trabajo, la seguridad social, la comodidad de la vivienda y el entorno, redes y cohesión social-, la cifra supera las 3 millones 530 mil personas, lo que corresponde al 20,7 por ciento del país. Con este cambio en la medición, que se aplica desde 2015, la pobreza dejó de categorizarse sólo en base a números, para mirarse como un problema que afecta la calidad de vida y el desarrollo en múltiples aristas, más allá del dinero o de tener una vivienda. “Se tenía una mirada reduccionista, que dejaba fuera a una cantidad enorme de variables que explican el dolor y los daños asociados al nacer, crecer, envejecer y morir en pobreza”, dice Paulo Egenau, director social del Hogar de Cristo. “Chile no podía seguir mirando la pobreza exclusivamente desde la distribución de los ingresos, sino que tenía que mirar el tema de la desigualdad e inequidad que existe a partir de esto. Va más allá de si una persona tiene un lugar donde vivir. Hay otros estándares que dañan y son perjudiciales”.

Vecino versus poblador Elizabeth Guerra (28) tiene un hijo de 4 años y es una de las postulantes a las viviendas sociales que el alcalde Joaquín Lavín pretende construir en la Rotonda Atenas, en Las Condes. Al ver en las noticias que los vecinos del sector estaban en contra del proyecto de 85 departamentos que le cambiaría su vida, se desconcertó.

“Me enojé. Ellos no saben que ésta es una oportunidad que no hemos tenido hace muchos años. Yo, por ejemplo, sólo quiero lo mejor para mi hijo. Me gustaría preguntarles por qué actúan así, qué quieren. No sé qué se imaginan que somos. Nosotros vivimos en Colón Oriente. Esto también es Las Condes, pero no, nosotros somos los de la ‘población’ Colón Oriente. Acá se hace esa diferencia. Te miran en menos por ser de este lugar”, dice.

La casa de Elizabeth queda a dos kilómetros de la Rotonda Atenas, y a un par de cuadras hacia la Cordillera desde el Mall Plaza Los Dominicos. Está en la villa que carga con el estigma de ser la última población de Las Condes, la segunda mejor comuna a nivel nacional, según el Índice de Calidad de Vida Urbana 2018, de la Cámara Chilena de la Construcción (CCHC).

Actualmente, Elizabeth convive con 15 personas, todos familiares. Hace unos años llegaron a ser 25. Hoy comparte una habitación con su hijo, que ya empezó a preguntarle por qué no puede tener una pieza para él solo. Por eso ella sueña con conseguir la casa propia.

“Si llego a quedar seleccionada lloraría de alegría, porque ya estoy chata como allegada, a nadie le gusta vivir así. Yo necesito que mi hijo tenga su propio techo para que sea más independiente”, dice. Cuando supo del proyecto de Lavín recobró las esperanzas de cumplir este anhelo, que comenzó cuando tenía 19 años y postuló a una vivienda por primera vez. “Yo veo que a los que tienen más plata los tratan mejor, pero no todo en la vida tiene que ver con el dinero. Nosotros no somos pobres, somos de clase media. ¿He pasado por pobreza? Sí, y no quiero que mi hijo viva eso”, concluye.

Según Miguel Yaksic, académico experto en migraciones y profesor adjunto de la Escuela de Gobierno UC, este es un ejemplo de aporofobia latente. Para él, la calidad de la vivienda y su entorno –una de las variables de la multidimensionalidad con que se mide la pobreza- es un factor evidente de este fenómeno. “La forma en la que está construida nuestra ciudad y su segregación urbana es una muestra de ello. Hemos sacado a los pobres y los tiramos a la periferia. Le tenemos miedo a la fealdad de la pobreza y la encapsulamos, confinándola en campamentos o villas”, reflexiona.

Eliana Pasache (53) vive hace 24 años en Puente Alto, al interior de la villa El Refugio, a 32 kilómetros del centro de la capital. Está desesperada, dice que la droga se tomó la población y que en cada esquina se puede conseguir cocaína o pasta base. Se siente encerrada en su block, en el que vive junto a sus dos hijas de 23 y 20 años y sus tres nietas.

“Las drogas me quitaron a mis hijas. Cuando salen se pierden en el consumo y se vuelven locas, dejan de ser ellas. Me duele el corazón, pero a veces tengo que echarlas de la casa y me quedo pensando si estarán pasando frío o hambre y eso me mata. Yo nunca les di ese ejemplo y aunque venda este departamento no me alcanzaría para vivir en un lugar seguro lejos de los vicios. No podemos salir de aquí, es como una maldición”, asegura.

Puente Alto es la comuna de la zona sur donde más se comenten delitos contra la libertad e intimidad de las personas, la violencia intrafamiliar y los delitos contra las propiedades, según el índice delictual de la Fiscalía Metropolitana Sur de 2017. Está, además, en el tramo inferior de las comunas que componen el Índice de Calidad de Vida Urbana.

Eliana, viuda hace dos años, sostiene su casa con 134.784 pesos, correspondiente a la pensión por invalidez que recibe. Está prácticamente ciega, sólo ve un 25% producto de unas cataratas oculares. “¿Para qué volver a ver si ya he visto tanta maldad? Deseo caer en un sueño profundo y no despertar más”, dice. Teme que sus nietas tengan el mismo futuro que sus hijas. Ahora es ella quien tiene la tutela de las niñas y cada cierto tiempo las visita una asistente social del consultorio.

DEL PELACABLES A LOS PELUCHES

“Los pobres tienen voz, pero hacemos oídos sordos. Además los rechazamos, negamos, infantilizamos y descalificamos”, dice Paulo Egenau, del Hogar de Cristo. “Éstas son estrategias que las sociedades desarrollan para no verse interpeladas por las personas que sufren, que mueren, que están en contextos de mucho daño”. Agrega que lo mismo pasa con las personas con discapacidades. “La gente no quiere estar cerca de ellos. Es una fobia evitativa. Intentan no verlos y que no se acerquen, porque incomodan. El fenómeno se repite con las personas en situación de calle o los que tienen consumo problemático de sustancias. La pobreza no es una retórica publicitaria. Es un hecho objetivo, nacer y crecer en pobreza es dañino para la salud física y mental. En términos de desarrollo, está comprobado que la pobreza mata”, sentencia Egenau.



A la izquierda: Elizabeth Guerra (28) es una de las vecinas que está postulando a las viviendas sociales de la Rotonda Atenas. “Nosotros somos de la población Colón Oriente. Esto también es Las Condes, pero acá te miran en menos por ser de este lugar”, dice. A la derecha: Margarita Rojas (76), vivió en la calle por 62 años. “Siempre han existido personas egoístas que miran en menos a los pobres”, cuenta.

Margarita Rojas (76) vivió 62 años en la calle y estuvo a punto de morir. Cuando las “tías” del Hogar de Cristo –como a ella le gusta llamarlas- la encontraron hace tres años en el Hospital del Carmen de Maipú, estaba desahuciada.

Tenía 14 años cuando llegó a vivir y trabajar a La Vega Central. Rápidamente, cuenta, cayó en el consumo excesivo de “pelacables”, un ron que cuesta 500 pesos y muy consumido entre quienes están en situación de calle. Sumida en la adicción, permaneció por años junto a sus perros en su “ruco”, una carpa de materiales ligeros y nylon en la vereda. En el último tiempo ya no podía moverse, sólo se arrastraba debido al precario estado de salud en que se encontraba.

“La gente se reía de una. Me acuerdo de una vez en que una mujer joven me gritó: ‘anda a trabajar vieja culiá’ y a mí me dio mucha vergüenza, siempre me daba vergüenza. Me decían borracha, piojenta y hedionda. La gente de La Vega es de buen corazón, son los de afuera, los que andan comprando, los que te miran con desprecio”, cuenta Margarita sentada en su cama rodeada de peluches, en la Casa de Acogida Hogar Abierto en Estación Central.

Hoy Margarita es otra persona: dejó de consumir alcohol, recuperó su movilidad y aprendió a leer. Sabe que es afortunada, y que la oportunidad de tener un techo le salvó la vida. Por lo mismo, sigue pensando en aquellos que no tuvieron su misma suerte. “Cuando llueve o hace frío, digo: ‘¿cómo estarán mis torrantitos?’. Ahí estaría yo, mojándome, empapada, sufriendo. Yo ya no soy pobre, porque esta es mi casa y acá está mi familia”.

UNOS PESITOS EN EL COSTANERA CENTER

Entre las 12 y las 20 horas, cuando miles de compradores chilenos y extranjeros salen del Costanera Center, por el sector que da a la calle Vitacura, se topan con René Reinoso (70). En su silla de ruedas, mostrando su pierna derecha amputada a la altura de la rodilla y en silencio, mira a la gente que pasa y hace sonar un par de monedas en un vaso de cartón del patio de comidas.



A la izquierda: Elizabeth Guerra (28) es una de las vecinas que está postulando a las viviendas sociales de la Rotonda Atenas. “Nosotros somos de la población Colón Oriente. Esto también es Las Condes, pero acá te miran en menos por ser de este lugar”, dice. A la derecha: Margarita Rojas (76), vivió en la calle por 62 años. “Siempre han existido personas egoístas que miran en menos a los pobres”, cuenta.

Desde enero de este año, René empezó a salir a las calles a pedir plata. Antes de esto, y durante toda su vida, se dedicó a fabricar muebles en su casa de La Pintana. Hasta la Navidad de 2016, cuando le cortaron la pierna y un dedo de la mano, como consecuencia de su diabetes. “Hay que pelearse las esquinas. Te echan, te corren y te insultan. A veces te tiran con rabia las monedas o me preguntan: ‘¿el gobierno no te paga?, déjate de pedir platá’”, dice.

René vive solo. Enviudó hace 15 años y perdió el contacto con sus tres hijos. “Ellos están perdidos en las drogas”, cuenta. Su sueño es ahorrar para poder comprarse una prótesis para volver a caminar y así poder trabajar. “Me faltan como 100 lucas”.

APOROFOBIA ÉTNICA Y RACIAL

“También hay una gran carga aporofóbica contra el mapuche o cualquier persona que pertenezca a un pueblo originario”, cree Yaksic, que también agrega a los migrantes afrodescendientes.

Todos los domingos, una decena de jóvenes mapuche se juntan en la Quinta Normal. Llevan su bandera, trutruacas, kultrunes y juegan palin, mientras las mujeres sirven las mesas con choripanes y sopaipillas. Allí, Esteban Bravo (22), un estudiante de Pedagogía en Matemática y Física de la Universidad de Chile que llegó desde Lota hace cuatro años, cuenta que cada vez que se agrupan en Plaza Italia para marchar por las causas de su pueblo, carabineros no los deja pasar más allá de una cuadra. “No podemos caminar por la Alameda y ni siquiera nos dejan avanzar por la vereda. Nos quitan el derecho a expresarnos”, dice. Lejos de su familia, lo único que quiere es volver a su casa porque esta ciudad lo tiene con depresión. “Me da miedo ser mapuche, porque me pueden matar”, cuenta.

Su temor comenzó en el verano de 2015. Mientras se desarrollaba una manifestación en su universidad, Esteban dice haber recibido nueve disparos propinados por Carabineros.





Arriba: Esteban Bravo (22) es mapuche y vive hace cuatro años en Santiago. Dice que tiene miedo de que lo maten por su origen étnico. Abajo: Madai Bosquet (28) es haitiano y escucha constantemente a chilenos decirle “nigga masisi”, que en su idioma natal significa “negro maricón”. “Siempre me da miedo estar solo en la calle. No camino tranquilo”, cuenta.



René Reinoso (70) llegó en enero de este año a pedir plata afuera del Costanera Center. Tras perder su pierna y un dedo, su sueño es comprar una prótesis que le permita trabajar otra vez. “Te echan, te corren y te insultan. A veces te tiran con rabia las monedas”, dice.

“Esos nueve perdigones aún están en mi cuerpo”, cuenta, mientras los palpa. Hizo la denuncia en el Instituto Nacional de Derechos Humanos y dice que todavía no ha recibido ninguna reparación por este daño porque su causa aún está en proceso. “Ese incidente me trajo bastantes problemas, produjo un cambio en mi forma de ser. Me he vuelto más violento con la sociedad, rabioso con todo, lloro mucho. No he ido al psicólogo y creo que eso me tiene inestable”.

El haitiano Madai Bosquet (28) se sorprende cuando en la calle los chilenos le gritan *nigga masisi*, que significa negro maricón en creol. No encontraba trabajo como técnico en electricidad en Haití y se vino a Chile hace poco más de un año en busca de oportunidades laborales. Habla castellano fluido y encontró trabajo en una agencia de publicidad gráfica, pero sin dudar dice que nuestra sociedad es racista y dura.

“Una amiga chilena me llevó junto a mi hermano a conocer el puerto de San Antonio. Cuando ella preguntaba en los hostales si había piezas disponibles le decían que sí, pero cuando nos acercábamos nosotros nos decían que ya estaba lleno y no podíamos entrar. Lo mismo me pasa cuando de la empresa me mandan a otro lado a arreglar instalaciones. En la puerta me han dicho que los negros no entran. Eso me duele”, dice.

Madai puede esperar horas la locomoción, porque ni los colectivos ni las micros le paran cuando lo ven solo. Por eso camina más de cuarenta minutos hasta su trabajo. La última vez que se subió a una micro, el conductor, mintiendo, le gritó: “No pagaste, bájate negro maricón”. Los domingos, después de ir a la iglesia en Maipú, donde vive, Bosquet va a la Plaza de Armas y se sienta junto a otros compatriotas suyos que conoce en las bancas. “Siempre me da miedo estar solo en las calles. No camino tranquilo”, cuenta.

#### TODOS SOMOS APOROFÓBICOS

A pesar de la Teletón, los bingos de barrio y quermeses de colegios, Egenau cree que no somos una sociedad solidaria. “Somos un país de eventos solidarios, situaciones puntuales. Pero los niveles de voluntariado son bajísimos comparados con otros países en vías de desarrollo. Estas son conductas que aunque no son deseables, son esperables en un país donde las políticas son paliativas y no integrativas. La desigualdad produce diferenciación cultural, y la diferenciación cultural genera vacíos que se llenan con prejuicios”.

Sin embargo, Egenau cree que la ausencia de los prejuicios es una utopía absurda. “Yo tengo prejuicios, siempre los he tenido y los tendré. Esperar que no existan está en contra de la naturaleza humana. Lo que nos hace falta es tomar conciencia de ellos y acercar la fisura histórica entre la pobreza y la no pobreza. Sólo generando vínculos la aporofobia comienza a desaparecer: se visibilizan historias de vida, nombres, orígenes y nos damos cuenta de que todos tenemos cosas en común. La integración es un proceso emocional donde rompo los estigmas porque te empiezo a conocer”, dice.

“La declaración de los derechos humanos dice que todos tenemos dignidad y la aporofobia es un auténtico atentado contra ella, porque desprecia y relega a grupos de personas que no tienen los medios suficientes”, dice Adela Cortina. Hace hincapié en las consecuencias de no superar esta patología social. “Es un atentado contra la democracia. La gran clave de la democracia es la igualdad y no puede haber sociedades radicalmente desiguales, donde unos están bien situados y los demás son relegados por los que están mejor. Por derecho de dignidad y por la razón de la democracia, la aporofobia tiene que ser desactivada. Es inadmisibles”.